

¿Qué les queda a los jóvenes?

Ni de izquierda ni de derecha:
un aire de desencanto con la política

Ignacio De Boni
NOVIEMBRE DE 2018

- La relación de los jóvenes con la política en el siglo XXI ha sido un tema recurrente, tanto para la academia como para el discurso popular. En ambos niveles la conclusión es terminante: a los jóvenes, en general, no les interesa la política y no participan en ella. Es difícil refutar este consenso, en buena medida porque hay mucha evidencia que lo confirma. Sin embargo, absolutizar la idea implica negar la participación decisiva de muchísimos jóvenes en el movimiento social latinoamericano, aportando una cuota de energía y creatividad fundamental para impulsar transformaciones culturales y políticas profundas durante los últimos diez años. Especialmente Uruguay puede dar cuenta de ello.
- Ante el diagnóstico de apatía unánime de los jóvenes, el reflejo es acusarlos por su falta de interés y compromiso, haciendo honor a una práctica por la que el mundo adulto ha optado históricamente. Por el contrario, es imprescindible escucharlos. No solo para comprender una subjetividad distinta, atravesada por cambios sociales y tecnológicos profundos, sino para detectar cuáles son los mecanismos que reproducen la distancia entre los jóvenes y lo político. Allí se ven la subestimación constante del mundo adulto, la influencia del discurso neoliberal individualista, pero también cierta incapacidad de la izquierda para contrarrestarlo.
- La izquierda debe recuperar el vínculo con los jóvenes. Y no solo porque lo joven siempre ha sido su sustrato de movilización, sino porque es parte constitutiva de la sensibilidad política y emocional de la izquierda. Es la irreverencia de cuestionar lo dado y luchar por su transformación. Conectar a la izquierda con lo joven significa también revitalizar su deseo. El camino es largo, y seguramente incluya el impulso a la politización de los jóvenes junto a la capacidad de dejarse afectar por nuevas formas de hacer política que ellos sienten más suyas. Pero de cualquier modo, para la izquierda lo joven no puede ser solo el futuro; también tiene que ser el presente.



Índice

| | |
|--|----|
| ■ ¿Qué opinan los adolescentes actuales sobre la política y qué temas los preocupan?..... | 7 |
| ■ ¿Cuáles son las causas del desinterés por la política de los adolescentes actuales?..... | 12 |
| ■ ¿Qué temas les interesan y preocupan a los adolescentes y jóvenes con compromiso social?..... | 15 |
| ■ ¿Qué opinan los adolescentes y jóvenes con compromiso social sobre la política? | 18 |
| ■ ¿Cómo interpretan la situación los adolescentes y jóvenes que militan en el Frente Amplio? | 20 |
| ■ Reflexiones finales | 23 |
| ■ Referencias bibliográficas | 26 |





Que a esta altura del siglo XXI resulte una obviedad no lo hace menos cierto: los jóvenes, en su gran mayoría, no sienten interés por la política y no participan en política. Suele suceder que ante aseveraciones como esta, que ha adquirido un estatus de certeza absoluta en buena parte del mundo, se levante un halo de sospecha y desconfianza. Como si operara un efecto desgaste en el que de tanto repetir y repetir algo, fuera perdiendo su fuerza de verdad y comenzara a volverse algo poco original, que tiene más de repetido que de cierto. Aunque existan buenas y dignas razones para problematizar esta sentencia, hay que reconocer que se acerca bastante a la realidad. Es cierto que en general a los jóvenes la política les interesa poco y nada, y que ese desinterés se ve reflejado en su escasa participación política.

No obstante, las miradas críticas que discuten con este diagnóstico pesimista sobre los jóvenes y la política tienen más que suficientes motivos para aparecer. La afirmación terminante de que los jóvenes no tienen ningún interés por la política no solo pasa por alto las potentes expresiones políticas protagonizadas por jóvenes en todas partes del mundo (y a lo largo de toda la historia), sino que también funciona como un encasillamiento contraproducente, un machaque constante contra los jóvenes que, lejos de propiciar su involucramiento, de invitarlos a acercarse, los aleja aún más. Un círculo vicioso en el que si bien puede ser cierto que la gran mayoría de los jóvenes no se involucran en política, el recordatorio constante, casi condenatorio, de esa falta ensancha la brecha y anula toda posibilidad de interés.

En Uruguay, varias encuestas e investigaciones académicas (Mieres y Zuasnábar, 2012) ratifican lo que ya se sabe y se repite constantemente: los jóvenes son el grupo de edad que se siente menos identificado con los partidos políticos, el que otorga menos confianza a dichas organizaciones y el que cuenta con menos personas preocupadas por la política. Naturalmente, son también el grupo de edad que menos habla de política con sus pares.

Los datos son elocuentes. Según la Encuesta Nacional de Juventud (ENAJ) de 2013, menos de un

13 % de los jóvenes participan en partidos u organizaciones políticas. En la misma encuesta, de las 15 instituciones sobre las que se los consulta acerca de la confianza que les inspiran, los partidos políticos ocupan el último lugar, solo un 18 % de los jóvenes confían en ellos. Esta constatación desalentadora se agudiza cuando se la compara con otras instituciones evaluadas. Por ejemplo, los jóvenes otorgan el doble de confianza a las empresas y a los bancos que a los partidos políticos.

Este tipo de evidencias deja claro cuál es el estado, al menos entre los jóvenes uruguayos, de una absurda dicotomía que ha estructurado la discusión política latinoamericana en los últimos años. La alianza entre el mundo empresarial y las tecnocracias neoliberales, con su creciente influencia en la esfera política, ha instalado la oposición entre la ideología y la gestión como criterio normativo de evaluación de discursos, medidas o modelos políticos.

Desde ese discurso, se habla de gestión para referirse a la administración racional, transparente y rentable de los recursos para lograr el crecimiento, en el entendido de que manejar un país es exactamente lo mismo que manejar una empresa: hay que gastar poco, invertir bien y ganar mucho. Por el contrario, se habla de ideología para referirse a las creencias personales, generalmente dogmáticas y siempre a un paso de volverse autoritarias, que se vuelan en la teoría y se olvidan de la práctica, que entorpecen el buen funcionamiento económico y reproducen las viejas divisiones políticas (izquierda-derecha es la más denostada) de las que la gente está harta, y que además no sirven para entender el mundo actual. La gestión es lo bueno, lo limpio, lo objetivo, lo democrático, lo eficiente, lo actual. La ideología es lo malo, lo contaminado de opiniones, lo subjetivo, lo autoritario, lo ineficiente, lo vetusto. La empresa representa la gestión, mientras que la política representa la ideología. O lo que es lo mismo: la derecha representa la gestión, mientras que la izquierda representa la ideología.

Que a los jóvenes uruguayos las empresas o los bancos les resulten instituciones más afines no



hace más que constatar la hegemonía que este discurso neoliberal ha ido logrando en el campo político, cultural y cotidiano, algo que Mark Fisher definió como la «ontología de las finanzas», que no es ni más ni menos que la consagración de la ideología neoliberal como sentido común. Significa una derrota de la política y lo social a manos del discurso empresarial y tecnocrático, que se presenta como antipolítico y antiideológico, cuando es profundamente político y profundamente ideológico. A fin de cuentas, ha sido uno de los caballos de batalla de la restauración neoliberal —con crecientes tintes fascistas— que viene teniendo lugar en distintos países de América Latina.

Los partidos políticos son el blanco predilecto de este rechazo a la política. La política toda es vista como un mundo complejo y ajeno, en el que los procesos son lentos y turbios, los partidos en especial son considerados estructuras jurásicas, grandes aparatos anquilosados, proclives a la corrupción y al clientelismo, llenos de trabas burocráticas y sectarismos que dificultan la concreción de cambios, dirigidos entre «cocinas» y jerarquías inamovibles, y con un espíritu excesivamente identitario, dogmático («están muy flechados») y confrontativo. Son espacios vistos como hostiles que, lejos de atraer, generan rechazo. La política partidaria se ha convertido prácticamente en una mala palabra de la que todos buscan desmarcarse rápidamente: «Yo participo en política, pero no de forma partidaria...». Hay una palpable percepción de que la política partidaria está contaminada, que representa a las viejas elites políticas que se disputan gobiernos o cargos, y que es necesario encontrar otras formas de participar en ella. Entre los jóvenes esta percepción está particularmente extendida. Su desinterés por la política se apoya, en buena medida, sobre este imaginario negativo de los partidos políticos.

Pero el descreimiento de los jóvenes en la política excede esta mala imagen de los partidos o de la política institucional, aunque estos sean los principales focos de rechazo. Es una actitud de indiferencia a la política en general, algo ajeno en lo que no

vale la pena meterse. Asunto de grandes, complejo y aburrido, que insume tiempo, que genera discusiones y conflictos, y encima no aporta beneficios inmediatos y palpables en la vida cotidiana. Es algo que está lejos, y es mejor que allí siga. No hay que dejar ni que aparezca en la sobremesa familiar, por miedo a que genere conflictos y altere la armonía: «en esta casa no se habla de política». Este imaginario puede interpretarse como una muestra del triunfo de una cultura neoliberal del individualismo, del *hacé la tuya*, de la prescindencia de lo público y el culto a lo privado, algo que por supuesto excede a los jóvenes y se extiende a lo social en su conjunto. Si en un aspecto el neoliberalismo ha tenido éxito en la sociedad uruguaya, al menos desde los 90 hasta el presente, es en la producción de modos de vida y de pensamiento, en la conformación de una subjetividad hegemónica. Y son los jóvenes de hoy, justamente, quienes nacieron y crecieron durante ese período. No es raro que sus (des)intereses, sus preocupaciones, sus miedos o sus deseos, sus posturas ante los hechos y la vida reflejen en mayor o menor medida esa sensibilidad cultural hegemónica.

En el proyecto de vida de un joven promedio de hoy, el involucramiento político ocupa un lugar muy marginal, si es que ocupa alguno. Por el contrario, la construcción de identidades a través del consumo, la socialización a través de los *smartphones*, las aplicaciones y las redes sociales, la opinión negativa sobre el sistema educativo debido a su incapacidad para compatibilizar con estos nuevos fenómenos, las incertidumbres, los riesgos y precariedades del mercado laboral (siempre mayores para los jóvenes), las aspiraciones de crecimiento individual a partir de méritos individuales son rasgos de esta subjetividad juvenil que ve a la política como una actividad totalmente innecesaria para sus proyectos de vida, cuando no como un obstáculo o una pérdida de tiempo. *Hacé la tuya*, sé positivo, no des bola al resto, tirá para adelante y construí tu propio destino. Esa es la cultura del emprendedurismo: no solo ten tu propio emprendimiento, sino, sobre todo, haz de tu vida un emprendimiento (lo que Foucault llamaba «empresario de sí mismo»). Es interesante ob-



servar, además, cómo la actitud pasiva de lejanía, indiferencia o desinterés por la política asume en ciertas ocasiones una postura activa de descreimiento, rechazo o acusación de inutilidad («la política no sirve para nada»). Identificar estos matices emocionales y ahondar en ellos es una tarea clave para comprender cuáles son los motivos del distanciamiento entre tantos jóvenes y la política, y cómo operan los mecanismos que mantienen esa distancia.

Por supuesto, este panorama invita a echarles la culpa a los jóvenes por su apatía y su falta de compromiso, haciendo honor a una histórica práctica autocomplaciente del mundo adulto. Todo lo contrario; se hace imprescindible conocer en profundidad esta subjetividad juvenil. Entender cuáles son las ideas y las emociones que la atraviesan, no solo para comprobar que muchas de ellas son heredadas y compartidas por el mundo adulto, sino para identificar qué elementos de esta sensibilidad pueden transformarse en nuevas expresiones y demandas políticas potentes. Sabiendo, además, que la inyección de energía y creatividad aportada por lo joven ha sido factor decisivo en los triunfos de la sociedad civil organizada en lo que va del siglo XXI en América Latina y en Uruguay especialmente. Para comprender este escenario y vislumbrar sus potencialidades, ¿a quiénes hay que ir a buscar si no a los jóvenes?

Este aparente desencanto con la política, en particular el de adolescentes y jóvenes, es un problema para la democracia tal cual la conocemos y la esperamos. Pero es, en especial, un llamado de atención para la izquierda. Porque la movilización juvenil ha sido siempre su sustrato fermental, por lo que esta ajenidad con la política la afecta más intensamente. El impulso juvenil del cambio, su deseo de transformación de lo existente, de remover lo viejo e imaginar y hacer emerger lo nuevo, la irreverencia y la valentía de cuestionar lo dado han sido desde siempre atributos muy apreciados y reivindicados por la izquierda como fundamentos de su sensibilidad política. La izquierda es, en parte, ese impulso y ese deseo de transformación. Y en estas épocas, sobre todo, los jóvenes

son quienes mejor pueden encarnar las emociones alegres de luchar por causas justas y bellas, en medio de una izquierda que vive triste por sus derrotas y por la hegemonía mundial del capitalismo. La apatía de los jóvenes con la política debería alarmar a las izquierdas, porque significa el debilitamiento de una de sus mayores potencias y agentes del cambio. Perder esa potencia de lo joven implica también la dificultad de articular un relato que es un gran factor de cohesión ideológica y emocional de la izquierda, y un elemento constitutivo de su sensibilidad política. Pues es ese espíritu juvenil soñador el que le permite a la izquierda convencerse de que el deseo y la lucha por la transformación son mejores, son más dignos y más lindos que la resignación, la indiferencia o la conservación de lo dado.

La perspectiva habitual, como señalan Selios y Flores (2011), es que «los jóvenes tienen posiciones y preferencias de izquierda que se moderan en la adultez y se vuelven conservadoras en los últimos años de la vida» (p. 52). Sin embargo, los autores identifican una generación, nacida a comienzos de los 90, cuyos miembros «se caracterizan por no ser de izquierda ni de derecha, donde existe un importante peso del centro y elevados niveles de no respuesta en cuanto a la identificación política partidaria» (p. 53). Estos hallazgos reafirman el fenómeno de creciente despolitización de la juventud uruguaya, expresado con énfasis en la pérdida de confianza en los partidos políticos, la preferencia por no identificarse con ninguno de ellos y la aversión a la política partidaria.

El problema, una vez más, es que este descreimiento trasciende la política partidaria y trasciende a los jóvenes. Consiste en una creciente negativa a mirar el mundo con los lentes de lo político, a analizar políticamente las relaciones y los hechos sociales. Es también la renuncia a adoptar posturas político-ideológicas explícitas por considerarlas extremos dogmáticos o encasillamientos rígidos y, como contrapartida, la preferencia por mantenerse alejado de la política o autoubicarse en el centro del espectro ideológico: «yo no soy de izquierda ni de derecha». Es fundamental



comprender los motivos que llevan a tantos uruguayos, especialmente jóvenes, a rechazar las categorías de izquierda y derecha. Fundamentalmente porque si observamos la sociedad, el sistema político, la cultura y la vida cotidiana en Uruguay, la disputa ideológica entre la izquierda y la derecha aparece constantemente.

La despolitización de una sociedad siempre perjudica a la izquierda, porque es la izquierda la que representa a la política, la que necesita de la política como herramienta para la transformación. Por el contrario, el retroceso de la política ante el avance del discurso de la antipolítica, de la gestión, del individualismo y la lógica de mercado es funcional al neoliberalismo y a la derecha. La preferencia por no asumirse ni de izquierda ni de derecha o la creencia de que esas categorías no existen en la realidad o están obsoletas no solo tienen que ver con el desinterés o el descreimiento en la política. Son expresiones de la cosmogonía neoliberal, que se nutre de la despolitización y a la vez la refuerza. Decir «yo no soy de izquierda ni de derecha» es mucho más que la intención por mantenerse en un lugar de neutralidad y evitar caer en un duelo de hinchadas. Sea por ingenuidad, indiferencia o cinismo, es no reconocer que las relaciones humanas y sociales están atravesadas por estructuras de poder, jerarquías, conflictos y contradicciones, y que la política es el campo donde se construyen y se oponen distintos modos de producir y organizar la vida humana. Y como la neutralidad y las posturas «apolíticas» niegan esos antagonismos, siempre se sitúan del lado del orden vigente, esto es, de quienes se benefician de esos antagonismos y jerarquías.

Lógicamente, este escenario de creciente despolitización es problemático para el Frente Amplio (FA) como proyecto político progresista. En especial, la apatía de los jóvenes respecto a lo político y su renuencia a sentirse identificados con un partido. Varios trabajos académicos coinciden en que al FA se le hace cada vez más difícil captar nuevos votantes entre los jóvenes; una capacidad de seducción, de enamoramiento que le rindió mucho en elecciones pasadas y que sin dudas fue una de las claves de su llegada al gobierno.

Todo hace pensar que esta tendencia de desencanto juvenil con la política continuará profundizándose. En particular, la radicalización de este fenómeno está muy relacionada con la irrupción de la generación de los milenials, como se identifica a los jóvenes nacidos en los alrededores del cambio de milenio. Varios sondeos de opinión en Uruguay (Grupo Radar, 2017) muestran que los milenials son la población más descreída de la política en general y de los partidos en particular.

Por otra parte, cuando se buscan estudios sobre esta generación en revistas académicas, un punto recurrente es la dificultad para incorporarla a los códigos y formas tradicionales de la política. Se trata de un problema de *engagement*, de generar un compromiso en los jóvenes, de reclutarlos. Parecería que no hay caso. No se les mueve un pelo. Les queremos explicar cómo son las cosas pero ellos dan vuelta la cara y se meten en el celular. Tal vez haya que cambiar de enfoque o de estrategia. Se puede empezar por conocerlos en lugar de por acusarlos.

Predomina entonces una sensación de incompreensión respecto a esta nueva subjetividad milenial, porque se sabe que viene de la mano de cambios tecnológicos y sociales muy profundos (y seguramente irreversibles) que impactan en las formas en que se perciben la vida, las relaciones humanas, la política y la izquierda. El FA, más que nadie, necesita entender estas transformaciones para recuperar su vínculo con lo joven, abrir las puertas a su energía y creatividad, y reactivar, juntos, el deseo de cambio. Parece que hubiera una relación distante, de desconfianza mutua: de los jóvenes hacia la política, la izquierda y el FA, pero también del FA hacia los jóvenes. Recorrer esta distancia es una tarea imprescindible para el FA. Apuntalar la politización de los jóvenes, pero también dejarse afectar por nuevas formas de hacer política que los jóvenes sienten más suyas. Para la izquierda lo joven nunca puede ser solo el futuro; tiene que ser también el presente.

El problema es complejo y amerita una investigación profunda. Sin embargo, ya quedan deli-



mitadas una serie de preguntas que sirven para vertebrar una primera aproximación de carácter exploratorio. En términos generales, ¿qué piensa esta nueva generación, nacida en torno al cambio de siglo, de la política? ¿Cómo la vive y la siente? ¿Cuáles considera que son los principales problemas sociales y qué opina de ellos? Pero también, más en particular, ¿qué es para esa generación la izquierda y qué piensa de ella? ¿Qué opina del FA?

Ahora bien, si queremos comprender mejor qué piensan los jóvenes sobre la política y la izquierda, es porque entendemos que la recuperación de la potencia de lo joven es fundamental para cualquier proyecto político de izquierda. Las nuevas generaciones siempre han sido motor, precisamente, de lo novedoso, de la producción de lo que Badiou llama «el acontecimiento», de la inyección de nuevas ideas, demandas y formas de activismo político, especialmente en la izquierda. Por lo tanto, también se hacen necesarios interrogantes que apunten directamente a la trama de estas nuevas sensibilidades: cuáles son las ideas, las emociones y los deseos que las guían. ¿Qué injusticias interpelan y activan a los jóvenes de hoy? ¿En qué contextos y registros se expresan? ¿Cómo viven sus relaciones con las otras generaciones y cómo tender puentes que permitan el diálogo entre códigos y estéticas diferentes? Y en concreto, ¿cómo lograr que la izquierda uruguaya, esto es, el FA y el amplio campo del movimiento social, los vuelva a seducir y a involucrar en un proceso de cambio social?

Pero como la definición de «lo joven» hace que se abra un abanico casi interminable de significados, características, delimitaciones y clasificaciones posibles, es necesario marcar un criterio de agrupación y separar a los jóvenes en grupos, buscando comprender los sentidos profundos que se alojan en los discursos presentes en cada uno. En consonancia con la problemática descrita, el criterio de segmentación elegido son los diferentes grados de cercanía de los jóvenes con la política, el activismo político y el FA. En primer lugar, jóvenes «típicos», promediales, que no tienen interés ni participan en política. En segundo, jóvenes con compromiso

social y distintas formas de activismo de izquierda. Por último, jóvenes que militan activamente en distintos sectores del FA.

Mientras la proliferación de interrogantes y confusiones nos abruma, la voz baja pero clara de los jóvenes nos moja la cara. En sus distintos grados de cercanía con la política, el activismo de izquierda y el FA, los jóvenes uruguayos son mucho más conscientes de lo que creemos de sus intereses, sus aspiraciones, los motivos de su desencanto, sus herencias de otras generaciones, la necesidad de romper ciertas estructuras y de construir otras. El problema es que casi nadie se lo pregunta o no se los escucha cuando responden. En gran medida, de eso se trata este trabajo: de escucharlos.

¿Qué opinan los adolescentes actuales sobre la política y qué temas los preocupan?

Como suelen mostrar las investigaciones académicas y los sondeos de opinión mencionados, los jóvenes y adolescentes «normales», promedio, no suelen tener amistades que militen o hagan política. Tampoco hablan del tema. No les interesa. Aceptan que, aunque puede ser importante, es un tema de veteranos. Ellos prefieren conversar de otras cosas. ¿Cómo explican esta lejanía y desinterés? Primero, por su edad: tienen entre 14 y 15 años. Dicen que si tuvieran 17 o 18 años tendría más sentido interesarse, pero en este momento de su vida, por mucho que se involucren, sienten que no pueden hacer nada en concreto. Expresan que los temas de la política aún no los afectan directamente, y que por eso no les interesan demasiado.

Claro, son chicos, tienen en torno a 15 años. Sus vidas coinciden casi exactamente con la época progresista conformada por los tres gobiernos consecutivos del FA, marcados por cierta bonanza económica y un aumento considerable en los indicadores sociales y los niveles de vida que han dado lugar a un clima de bienestar general. Estos jóvenes no conocen otra cosa que este clima. Sus vidas enteras han transcurrido dentro de una



burbuja progresista relativamente tranquila, económicamente estable y de crecimiento sostenido, con buenos niveles de bienestar y desarrollo, que sorprende al mundo con sus leyes sociales de avanzada y se mantiene a flote a pesar de las turbulencias económicas y políticas que arrecian muy cerca de ella. Paradójicamente, pareciera que este contexto socioeconómico favorable desalentó el interés y el involucramiento político. La politización no fue necesaria en estos buenos tiempos. No vivieron ningún acontecimiento político que los interpelara, los afectara y los llevara a politizarse y a militar, como pudo ocurrirles a las generaciones de sus abuelos y padres durante la segunda mitad del siglo XX. La mayoría, por ejemplo, no sabe qué fue la crisis de 2002. Ni siquiera les suena. Muchos no eran nacidos y apenas la imaginan a partir de cuentos de sus padres sobre escasez, desesperación, caídas en la pobreza y ollas populares.

Como se mencionó, a veces el desinterés por la política puede ser más visceral que una simple lejanía o indiferencia. Puede expresarse como un rechazo explícito, debido a la imagen negativa que tienen ciertas características y procederes asociados a la actividad política. Por ejemplo, una idea extendida entre los jóvenes ajenos a la política es la frase hecha de que los políticos son todos iguales. No queda muy claro qué quiere decir eso exactamente, pero es razonable —a partir del significado usual de esta sentencia de descreimiento— interpretarlo como que la clase política es una casta acomodada de hombres chantas, charlatanes, que prometen cosas que después no cumplen, que tienen habilidades retóricas para persuadir y engañar a las personas en busca de votos, muchas veces inescrupulosos, siempre hambrientos de poder, que deciden el destino de todos en cúpulas y sobre la base de arreglos poco transparentes, que están lejos de la gente y persiguen su propio beneficio y no el bienestar general, como gustan decir. La imagen visual de esta idea la deja mucho más clara. Un político es un hombre de traje con una sonrisa falsa en medio de su campaña escuchando los problemas de los vecinos, diciéndoles que los entiende y que él tiene la solución. Es el

político profesional tradicional que representa al *establishment*.

Al margen de las verdades, distorsiones o influencias que pueda tener esta creencia popular, su fijación en el imaginario colectivo no deja de ser preocupante. Porque más allá de la obviedad de que los políticos no son todos iguales, la creencia de que sí lo son, como un manto homogeneizador que pasa por arriba de sus múltiples diferencias, es síntoma elocuente del grado de descreimiento y rechazo de una sociedad hacia la política. Es el gesto resignado de una sociedad que no confía en la política, que siente que a través de la política no se puede cambiar nada, que siempre todo sigue igual.

En una época que vive al ritmo frenético de los flujos de información transmitida a través de los medios de comunicación y las formas de socialización e interacción virtual que ofrecen las redes sociales, es esperable que la percepción que los jóvenes poco politizados tienen de la política esté considerablemente mediatizada. Sus opiniones están formadas, por un lado, por lo que ven en los medios y lo que se comenta en las redes, y por otro, por lo que escuchan de sus padres. La falta de interés por informarse y comprender los temas del debate político hace que sus opiniones al respecto contengan errores gruesos, contradicciones, en un marco general de confusión y de ideas vagas que repiten sin estar seguros, basados en comentarios que escucharon por ahí o sacaron no saben bien de dónde. Reconocen que no se informan, piensan ni discuten sobre política, porque sencillamente no les interesa.

Si bien cuando se les pregunta sobre las diferencias entre la derecha y la izquierda dicen no tener idea de qué es una y qué es la otra, ubican correctamente a los partidos en el espectro político. Esta contradicción aparente es sumamente interesante, porque deja en evidencia que a pesar de la insistencia liberal en que la izquierda y la derecha ya no son categorías políticas útiles para explicar la realidad, o que las ideologías son viejos dogmas perimidos en los que la gente ya no cree y que están lejos de la vida cotidiana, sus principios y sus diferencias



son conocidos por todo el mundo, y además aparecen constantemente en las conversaciones. Los jóvenes dicen que no saben qué son la derecha y la izquierda, cuando lo cierto es que sí saben qué son la derecha y la izquierda, aunque tal vez no sepan ponerlo en palabras. Lo mismo pasa en la sociedad en general: solemos desconfiar de la vigencia de la derecha y la izquierda como formas opuestas de ver el mundo, cuando todo el tiempo, en las opiniones, en las discusiones, en los vínculos, en los modos de vida, en las prácticas cotidianas, lo que está en juego es la oposición —explícita o disimulada, absoluta o con matices—, encarnada por nosotros mismos, entre posturas de izquierda y posturas de derecha.

Cuando se les pregunta acerca de las injusticias sociales que los indignan, resaltan la homofobia. Pero el sentimiento es más general: les molesta la discriminación en todas sus formas. No la comprenden. Acuerdan en que es discriminar a alguien «por ser como es», y cuentan con asombro y rechazo historias de padres intolerantes. Se notan en sus discursos los cambios en la sensibilidad cultural y en las relaciones sociales introducidos por el movimiento de la diversidad sexual y el feminismo. Hay ciertos prejuicios, rechazos y condenas, tan comunes para las generaciones anteriores, que para estos jóvenes son inaceptables. Cosas que para sus padres y abuelos eran —y en buena medida siguen siendo— antinaturales a ellos les resultan normales, frecuentes en sus círculos de referencia. En este sentido, la homosexualidad es el mejor ejemplo. Conocen personas gais y tratan el tema con naturalidad, como una orientación sexual tan válida y digna de respeto como las otras. El cambio en la sensibilidad con respecto a las generaciones anteriores es realmente muy notorio. El activismo sostenido que en los últimos años han llevado a cabo varias organizaciones del movimiento social (mayormente integradas por jóvenes) reunidas en torno a la agenda de derechos no solo conquistó nuevos derechos en el Parlamento. El cambio en las mentalidades y sensibilidades es un proceso mucho más profundo y más lento que la aprobación de una ley. Pero, al menos en los jóvenes, se están viendo los primeros frutos.

En relación con lo anterior, es interesante comparar la indignación que les produce a los jóvenes la discriminación basada en la orientación o identidad sexual con su percepción acerca de otras injusticias o desigualdades. Sus opiniones sobre la pobreza o las desigualdades socioeconómicas son muestras claras de una subjetividad en disputa. Por un lado, se muestran sensibles ante esa vulnerabilidad, la consideran lacerante, un gran obstáculo para el desarrollo individual de un ser humano, y entienden que constituye un problema social profundo que es imprescindible abordar. Pero por otro, sus opiniones sobre las causas de la pobreza prefieren las explicaciones individuales o contextuales inmediatas por sobre las estructurales y profundas. Es decir, adjudican más la pobreza a falta de voluntad, malas decisiones o vínculos perjudiciales («malas juntas») que a una forma de producción y organización estructural, sistémica, basada en una apropiación desigual de la riqueza que da lugar a clases sociales, jerarquías, antagonismos y relaciones de dominación. Esto es: explicar la pobreza y la desigualdad como condiciones intrínsecas —e inevitables— del sistema capitalista. Es cierto que son chicos, que no tienen una formación política definida y que las causalidades estructurales exigen un mayor grado de pensamiento abstracto. Son mucho menos intuitivas y más complejas. Pero de todas formas, el hecho de que a los jóvenes no los afecte la desigualdad de clase tanto como la homofobia dice varias cosas.

En primer lugar, es síntoma de la hegemonía del discurso ultraliberal de la meritocracia, según el cual las desigualdades son legítimas en tanto son consecuencia de esfuerzos individuales diferentes que merecen obtener recompensas diferentes. De ahí surge la opinión, creciente entre los uruguayos, de que los pobres son pobres porque quieren, porque son vagos y viven del Estado, porque no se esfuerzan lo suficiente para salir de esa condición. En segundo lugar, en obvia relación con lo primero, habla del gran éxito que tuvieron los grupos de la diversidad sexual en su exigencia de reconocimiento y lucha contra la discriminación, en oposición a la falta de argumentos de izquierda para oponerse



al liberalismo meritocrático y a la creencia de que los pobres son los responsables de la violencia y la inseguridad. Pero en tercer lugar, el repudio de la homofobia perfectamente puede surgir de una matriz de pensamiento liberal. De hecho los argumentos utilizados por los jóvenes para criticar a la homofobia son, básicamente, liberales: cada uno puede ser y hacer lo que quiera siempre y cuando no perjudique a los demás. Algo así como «¿qué te molesta que otro tenga diferentes hábitos y gustos que vos, si a vos eso no te perjudica en nada?».

Quien tiene hábitos, identidades o gustos sexuales distintos de los míos no me interpela, no me molesta; es cuestión de no discriminarlo y aceptarlo como uno más, respetando sus diferencias. En cambio con los pobres... es más complicado. Porque el paradigma de la meritocracia indica que su situación depende de ellos, por lo que no necesariamente se trata de una injusticia causada por algo externo. Pero también porque los pobres molestan. Molestan porque afean el paisaje, porque son la prueba insistente de que algo funciona mal. Es la incomodidad interna que siente una señora cuando pasa por al lado de un hombre que duerme en la calle. Además les tenemos miedo porque son una amenaza, son potenciales delincuentes que quieren sacarnos lo que tenemos. Están asociados al delito, a la violencia, a la droga, a los malos valores y hábitos. La meritocracia y la lucha contra la inseguridad son lentes con los que pueden mirarse las relaciones y las desigualdades de clase. En Uruguay muchos los tienen puestos desde siempre y muchos otros se los están poniendo.

No puede sorprender a nadie que el tema de la inseguridad sea el que más los inquieta y el que más intercambio de opiniones amerita. No solo porque se trata de la problemática social que más preocupa a los uruguayos desde hace unos 10 años, sino porque está particularmente presente en los espacios a partir de los cuales estos jóvenes forman sus opiniones: los medios, las redes y las conversaciones familiares. Se puede describir brevemente cómo se da en cada uno.

La inseguridad es el fetiche de la agenda mediática, su género preferido y más frecuente. Es el gran

peligro social, fuente inagotable de noticias, declaraciones, comentarios, análisis. El tratamiento mediático de la inseguridad produce emociones negativas en la gente, crea un ambiente de nerviosismo y crispación que agrava el problema: indignación, sensación de crisis, miedo que crece hasta el pánico, sensación de degradación moral, resentimiento, paranoia, cansancio de «perseguirse», odio al prototipo mediático del delincuente (el «plancha», el «chorro»), pedidos de castigos y aumento de las penas. Así, la preocupación escala hasta la saturación («esto ya no se aguanta más») y se instala la necesidad inmediata de terminar con la inseguridad a cualquier precio.

La verborragia imparable de las redes sigue la misma lógica, alimentada constantemente por la viralización de noticias trágicas y videos de rapiñas. La facilidad para emitir una opinión, la posibilidad del anonimato y el enclaustramiento en un circuito cerrado de comentarios idénticos que pasan de la indignación entendible a la violencia profascista en tres palabras forman un caldo de cultivo del que brotan estados emocionales reaccionarios acerca de la inseguridad, que además se retroalimentan y se consolidan como sentido común sobre el tema.

Además, la inseguridad ocupa un lugar central en la agenda conversacional cotidiana y es especialmente sensible al rumor cotidiano, definido como el espiral de cuentos, relatos, advertencias, frases hechas, comentarios de episodios conocidos y de experiencias propias o de otros que multiplica y magnifica la presencia del tema en la vida diaria. La inseguridad como sensación, preocupación o miedo se alimenta mucho del «me contaron que», «la otra vez en esta cuadra», «viste que al hijo de», «aquel que andaba la otra vez», «no se puede vivir así». Las conversaciones familiares, debido a la obvia intención de los padres de proteger a sus hijos y hacerlos conscientes del peligro, abundan en referencias a la inseguridad.

La preocupación o el miedo a la inseguridad no son un sentimiento reaccionario en absoluto. De hecho, son reacciones humanas de lo más entendi-



bles frente a la posibilidad de que alguien haga algo que me perjudique. Que me robe, que me lastime, que me mate, que le haga daño a alguien que quiero. Expresan un deseo de preservar la vida, de proteger a los afectos, o el miedo obvio a perder cosas valiosas o que tienen significados profundos, por más superficiales que sean. Son reflejos que todos tenemos y que no tienen nada de malo.

El problema surge cuando este sustrato de emociones se articula de forma tal que sirve para legitimar pedidos de orden, mano dura y guerra contra la delincuencia. Lo reaccionario no es el sentimiento de inseguridad, sino la forma predominante en la que está politizado, que es la que, entre otras cosas, marca cuáles son las causas de un problema y cuáles sus posibles soluciones. Cuando el sentimiento de inseguridad es pensado como el resultado de la violencia ejercida por los «chorros» que salen a robar y a matar, por lo que la solución al problema es sacarlos de circulación el mayor tiempo posible, la mesa está servida para que aparezca una propuesta abiertamente reaccionaria y haga máquina con esta subjetividad latente.

Todavía es muy temprano para sacar conclusiones, pero el sorprendente apoyo popular a Bolsonaro puede responder a lo bien que supo reconducir el deseo de paz y transformarlo en deseo de guerra. Y en el mismo impulso hizo resurgir enfrentamientos, odios e imaginarios populares clasistas, racistas y machistas que nunca se fueron, que hasta ahora podían estar más o menos taponeados, pero estaban ahí. Su radicalismo consistió en volverlos enunciados. Las minorías deben arrodillarse ante las mayorías. Los negros no sirven para nada. Los indios son atrasados. La mujer es débil e inferior al hombre. Los malos deben caer a manos de los buenos. Para los delincuentes, balas. En el fondo la dictadura no estuvo mal. Es otra forma de «sinceramiento». Por fin hay alguien que va a hacer lo que todos sabemos que hay que hacer.

Aunque en comparación con Bolsonaro todo parece más sensato y moderado, su concepción de la violencia, la inseguridad y los delincuentes es en esencia la misma que tienen los conservadores y

liberales en todas partes. Si algo muestra el éxito popular de un discurso como el de Bolsonaro es que detrás del «algo hay que hacer» asoma el «hay que matarlos a todos». Basta que alguien raspe un fósforo para que ese sentimiento latente gane autoestima y se vuelva grito de justicia. En Uruguay, por ejemplo, varios discursos políticos y mediáticos aprovechan el descontento por la inseguridad, enmarcan el problema basándose en esquemas profundamente conservadores (de un lado están los trabajadores atacados, del otro los chorros) y ofrecen los paquetes de medidas correspondientes.

Dicho todo esto, no es raro que en estos jóvenes también se observe esta subjetividad conservadora acerca de la inseguridad y la violencia. De hecho, algunas opiniones reflejan posturas extremadamente conservadoras que resultan bastante inquietantes. En medio de una discusión sobre cómo se arregla el problema de la inseguridad, un joven sostiene, entre en chiste y en serio, que los militares tienen que poner una bomba en el barrio Cuarenta Semanas, uno de los barrios más pobres de Montevideo y más asociados por el imaginario popular al delito, la violencia y la droga. El prototipo de barrio marginal del que salen los chorros. Un «matarlos a todos» sin atenuantes ni eufemismos. Eliminado el foco, eliminado el problema.

Sin embargo, luego del arrebató y ante el firme rechazo de otros participantes de la discusión, el joven reflexiona sobre lo dicho, reconoce el exceso, entiende que quizá ese no es el camino y tiempo después se retracta. El episodio es sintomático de uno de los recorridos que pueden adoptar las discusiones sobre la inseguridad. Es que las emociones negativas que produce la sensación de inseguridad son poderosas y llevan a pedir soluciones simples, inmediatas y violentas. La propia violencia de la emoción se dirige hacia el que se considera el objeto (en este caso, el grupo social) culpable de esa emoción. Desde esta perspectiva, se trata de una reacción entendible. No obstante, cuando a esa reacción se oponen argumentos bien elaborados, que la entienden pero también muestran que ese camino es peligroso, injusto y encima ineficaz, que dan cuenta de la complejidad del



asunto y proponen otras salidas, las cosas pueden cambiar. La experiencia de la campaña del No a la Baja en 2014, revirtiendo una tendencia punitivista que parecía irreversible, es un ejemplo maravilloso de esto. Quizá uno de los grandes debates de los gobiernos del FA es no haber dado esa batalla argumental contra el pensamiento conservador acerca de la inseguridad, con lo que liberó el terreno para la consolidación de lo que Rafael Paternain llama «la hegemonía conservadora» en materia de seguridad. Y lo curioso es que la única vez que la izquierda se propuso dar esa batalla (con el No a la Baja) ganó.

¿Cuáles son las causas del desinterés por la política de los adolescentes actuales?

Una buena estrategia para aproximarse a las causas de la apatía de los jóvenes hacia la política es formularles la pregunta a jóvenes que tienen un mayor interés y algún grado de participación política. Estos adolescentes están parados en un punto medio que resulta muy útil para comprender las distintas caras del fenómeno. Están más politizados que los que son totalmente ajenos a la política, pero no tanto como para haber perdido contacto con estos, algo que sí ocurre entre jóvenes aún más comprometidos con la militancia. Es decir, saben lo que es el activismo político porque lo viven, pero también saben que esa es una burbuja dentro del mundo de los jóvenes, porque tienen muchos amigos que no tienen «ni idea de nada». Saben que a la mayoría de sus pares los temas políticos no les interesan.

Acercas de las razones a las que atribuyen este desinterés, la edad es —nuevamente— la primera que surge. Entienden que la política aún no afecta directamente a los jóvenes y que eso puede explicar la lejanía que la mayoría siente respecto a los temas políticos. No les llegó ese momento. Acuerdan en que, como todos los intereses, es una cuestión de etapas vitales. Para la gran mayoría de los jóvenes la interiorización en política vendrá más adelante, cuando sean adultos, puedan votar, tengan que ha-

cerse cargo de sus vidas y las decisiones políticas los afecten concretamente.

Otros motivos esgrimidos resultan más interesantes. Aun los jóvenes que tienen mayor interés por la política que los más alejados comparten con estos que en muchos casos «los políticos son cualquiera». Tampoco ellos, que sí participan en política, parecen tener una buena impresión de la política partidaria ni de los políticos. Comparten la sensación general de que los partidos son estructuras anquilosadas, burocráticas y llenas de turbiedades, y reconocen que a muchos políticos les importan más el poder o los cargos que la gente, lo que da pie a aquello de que «en el fondo los políticos son todos iguales». En parte, son las malas prácticas tan frecuentes en el sistema político las que hacen que después la gente le tenga rechazo a la política, en especial a la institucional o partidaria.

Ahora bien, una vez más, el fenómeno no se limita a los adolescentes y jóvenes. Estos jóvenes más politizados extienden a toda la sociedad la situación generalizada de desinterés que encuentran en su generación. En una nueva analogía de la metáfora del opio de los pueblos, el velo ideológico, el circo, el espectáculo o el entretenimiento, hablan de «distractores» para referirse a los medios de comunicación y las redes sociales, y al estado de alienación que generan. En medio de la vorágine productivista de la vida diaria (nadie nunca tiene tiempo para nada; todo el mundo siempre está cansado), la gente se distrae un rato deslizando la pantalla del celular con la mente en blanco, mira series en Netflix, se ríe con los memes y los videos que le llegan por WhatsApp. Son momentos de ocio, pequeños espacios de descanso mental en los que la gente busca consumir contenidos banales que no requieran demasiado esfuerzo. Ese estado de relajación placentera impide que surja un pensamiento crítico sobre nuestras condiciones de vida, es decir, inhibe el pensamiento y la discusión política. Es la tesis adorniana de la industria cultural como mecanismo de dominación de masas.

En la misma línea, y tras una seguidilla de observaciones muy lúcidas, afirman que en la actuali-



dad las dificultades para involucrarse en el debate de los asuntos sociales y políticos no tienen que ver con la falta de información, sino con su exceso. La información es tanta que abruma y confunde. Además del flujo constante de información, se cuenta cada vez con más y mejores técnicas de engaño o tergiversación. A las clásicas formas de manipulación y simulacro mediático, se han sumado otras como la posverdad y las *fake news*. Es tal el volumen y la diversidad de información que nos llegan cada día, y son tantos los puntos a tener en cuenta para chequear la validez de lo recibido (de qué medio, cuál periodista, noticia en serio o en joda, actual o viejo, cuenta oficial o trucha, imagen real o trucada) que se está haciendo cada vez más difícil saber verdaderamente qué es lo que está pasando. La proliferación de información, que intuitivamente reduciría la incertidumbre debido a que aumenta la cantidad de mensajes recibidos, hace todo lo contrario: agota y marea, excede la capacidad de registro y almacenamiento de la memoria, produce mucho mayor incertidumbre porque todo lo recibido es frágil, efímero y relativo, porque nunca se sabe si lo que se dice que fue así realmente fue así. Vivimos, más que nunca, en la distopía baudrillardiana del simulacro total, que consiste en la fusión total de la realidad y la ficción.

Las relaciones intergeneracionales con el mundo adulto son un elemento central para comprender el fenómeno. Según la visión de los jóvenes sobre sus experiencias, lejos de fomentar el interés por la política, la mayoría de sus intercambios sobre el tema con los adultos desestimulan toda intención de acercamiento.

En primer lugar se ubica la ya comentada práctica autocomplaciente que los adultos han sostenido toda la vida, generación tras generación: el reproche a los jóvenes por su falta de compromiso en general y político en particular, su apatía general frente a la vida, el lamento por la degradación moral y la absurda «pérdida de los valores» de la que son responsables, la pérdida del valor del esfuerzo y la cultura del trabajo. Ellos no son como nosotros, que éramos mucho más... Más allá de

las puntuales verdades que pueda contener este discurso, que además no tienen nada que ver con la condición genuina de los jóvenes de hoy, sino con contextos históricos distintos y cambios sociales muy profundos en las formas de vida, resulta obvio que no sirve para otra cosa que para profundizar la distancia y el rechazo. Si nos lamentamos porque creemos que los jóvenes no se motivan con nada y todo les resulta indiferente, ¿cómo podemos pensar que diciéndoles que son una versión empeorada de las generaciones anteriores lograremos fomentar su interés? ¿Qué clase de estrategia de acercamiento es esa? Una muy mala.

Además, cuando se ve cómo este tipo de discursos que culpabilizan a la juventud se han reiterado de forma sorprendentemente idéntica a lo largo de toda la historia, desde los griegos hasta la actualidad, salta a la vista que el problema no son los jóvenes de hoy, tan insulsos, individualistas y apáticos, sino que se trata de un conflicto humano de relevo generacional. Una mezcla de incapacidad para comprender nuevos modos de sentir, pensar y hacer que genera dificultades de relacionamiento entre generaciones distintas, pero también un mecanismo de defensa de las generaciones anteriores. Una forma de proteger su autoestima sosteniendo que lo de antes era mejor, quizá como manera de canalizar cierto resentimiento porque la historia ahora pasa a estar en otras manos.

En segundo lugar, en estrecho vínculo con lo primero, los jóvenes se sienten subestimados por los adultos. Estos parten del supuesto de que los temas políticos no les interesan, entonces ni se gastan en explicarles. Y cuando los jóvenes opinan, dan su parecer frente a un hecho o postura de los mayores, los adultos no los tienen en cuenta, los consideran voces poco valiosas o directamente los ignoran. En los pocos intercambios que tienen sobre política con los adultos no se sienten respetados, lo que los hace inhibirse, no meterse y dejarles ese tema a los grandes, que son los que saben. Si se lo ve desde esta perspectiva, el desinterés de los jóvenes por la política es completamente lógico, una reacción esperable frente a un



mundo que los desoye y los subestima, que en los papeles los invita a participar pero cuando lo hacen les dice «salí que vos no entendés, sos chico, no sabés cómo es esto».

Los jóvenes asocian constantemente sus contadas participaciones en charlas sobre política con el botijeo que reciben de los adultos, que identifican como un factor que los desanima («me embola que me traten así») y los aleja. Incluso jóvenes más politizados sienten los mismos problemas de diálogo cuando quieren hablar con sus padres sobre ciertos cambios culturales. Dicen que quieren ayudarlos a que los comprendan, «abrirles la cabeza», romper ciertos estereotipos que tienen las generaciones anteriores y que los jóvenes ven de otra manera. Para ejemplificar estos cambios, recurren constantemente a la diversidad sexual y el feminismo. Sin embargo, se les hace muy difícil. Los adultos, con el argumento de que son de otra época y fueron criados en otro sistema de pautas culturales, son poco propensos a escuchar. A veces, incluso, subestiman la convicción política de los jóvenes y ven su defensa de estos cambios culturales como un signo de la rebeldía y la transgresión constitutivas de los adolescentes. Debido a esto, y en un acuerdo general que debería resultar preocupante para la izquierda, los jóvenes son pesimistas respecto a la posibilidad de lograr un cambio cultural profundo durante los tiempos que corren, ya que las generaciones anteriores se niegan a dejarse afectar por estos nuevos movimientos impulsores de nuevas sensibilidades.

En tercer lugar, los jóvenes descubren un punto central en toda esta discusión. Ven cómo buena parte de su descreimiento en la política es hijo de lo que escuchan de los mayores. No es que los mayores sean personas comprometidas y politizadas, y que las nuevas generaciones salieron falladas de fábrica y no se interesan: es que los mayores están desencantados con la política, no confían en la política, dicen que la militancia política es una pérdida de tiempo que no logra cambios concretos. Y los jóvenes son permeados por ese discurso. El desencantamiento con la política es una fuerza que se irradia desde el mundo adulto hacia

los jóvenes. Y luego, cuando estos se muestran desencantados (¡quién lo hubiera dicho!), se los culpabiliza.

Algunos jóvenes cuyos padres y abuelos fueron militantes de izquierda notan una situación similar pero por otros motivos. Las derrotas que sufrieron las generaciones de izquierda anteriores, el enorme trauma que la dictadura dejó en ellas causaron su insilio y la pérdida de fe en la militancia política como motor de cambio social. Perdieron y volvieron a casa. Los jóvenes integrantes de estas familias son testigos de esta resignación, y en parte también la heredaron. Por si fuera poco, ganó el FA. Lleva tres períodos de gobierno consecutivos, muchos jóvenes provenientes de familias de izquierda no conocen otra cosa que el Uruguay progresista, pero saben que es el mejor proyecto político del país y que se vive mejor ahora que «cuando estaban los blancos y los colorados». Precisamente esta percepción de que todo marcha bastante bien, de ausencia de una situación política crítica o de un enemigo que unifique y lleve a organizar una resistencia, es uno de los fundamentos más esgrimidos por los jóvenes con sensibilidad de izquierda para explicar la poca participación política.

Por último, cuando se los consulta acerca de cómo se puede despertar un mayor interés e involucramiento de los jóvenes en la política, enfatizan en que hay que promover el pensamiento crítico sobre las situaciones que los jóvenes viven todos los días: el *bullying*, la discriminación, los problemas del sistema educativo, las relaciones y los roles de género, la violencia, entre otras. Afirman que los jóvenes tienen que pensar políticamente estos problemas cotidianos, y que son perfectamente capaces de hacerlo. La creencia adultocéntrica extendida de que los jóvenes tienen que «acercarse a la política», como si se tratara de una cúpula sagrada a la que hay que invitarlos y atraerlos, donde se discuten los temas verdaderamente importantes en el más alto nivel, no hace más que mantener el desinterés de los jóvenes, que no se sienten identificados ni cómodos en esos círculos. Por supuesto que pueden sentir interés por temas políticos, pero las formas tradicionales de convocación están errando de es-



trategia. No quieren acercarse a la política. Quieren politizar lo que tienen cerca.

Para comprender mejor este punto es interesante describir distintos recorridos y causas de interés y participación política en las experiencias de los jóvenes. Algunos comenzaron a interesarse por la política a raíz de los debates introducidos por la diversidad sexual y el feminismo. Otros, con la militancia estudiantil. Pero la mayoría recuerda la campaña del No a la Baja como el primer acontecimiento que les interesó, los interpeló y los llevó a adoptar una postura. Fue su primer contacto activo con la política, en el que buscaron informarse, entender el debate y construir argumentos para darlo en sus familias y con sus grupos de pares. Esta narración de la historia reciente del activismo político uruguayo, aportada por sus más jóvenes protagonistas, confirma que el No a la Baja fue una movilización social maravillosa, portadora de una sensibilidad profundamente de izquierda, y encima vencedora. Pero además resalta su impacto en la formación política de las nuevas generaciones, sirviendo como puerta de entrada al activismo político, al gusto por pensar y discutir sobre cómo vivir, compartir ciertas convicciones y organizarse colectivamente para hacerlas realidad. A fin de cuentas, de eso se trata la política.

¿Qué temas les interesan y preocupan a los adolescentes y jóvenes con compromiso social?

Las diferencias entre los jóvenes sin ningún interés ni vínculo con la política y los que tienen cierto grado de activismo en organizaciones sociales o grupos de izquierda son notorias. Estos últimos se sienten mucho más interpelados y conectados con las causas más clásicas de la izquierda. Cuando se les pregunta por las principales desigualdades o injusticias sociales, mencionan inmediatamente la desigualdad socioeconómica y la existencia de clases sociales con distintas oportunidades y condiciones de vida. La injusticia de que unos pocos nazcan ricos y muchos otros, pobres. Sin embargo,

rápidamente pasan a la temática que más los moviliza en estos tiempos: el feminismo. Se nota que respiran el aire de época marcado por la irrupción de las luchas feministas en todas partes del mundo, donde cientos de miles de mujeres se manifiestan denunciando los micromachismos cotidianos, la desigualdad de género, las múltiples formas de violencia ejercidas contra la mujer y, en última instancia, la organización sociohistórica de relaciones de género basada en la dominación masculina sobre las mujeres, llamada patriarcado.

Interpelados por los señalamientos de la lucha feminista, los jóvenes hablan mucho sobre el machismo. Incluso reconocen que es el tema social o cultural del que más se está hablando actualmente. Es que muchas impugnaciones del feminismo refieren a desigualdades y violencias de género que están presentes en pensamientos, actitudes y comportamientos cotidianos que una vez que son señalados y cuestionados comienzan a verse por todos lados. Los feminismos hicieron que las que antes se consideraban costumbres inocentes, actos de amor o virtudes caballerescas sean cada vez más vistos como actos machistas que reproducen los roles de género, la dominación masculina y la subordinación de la mujer.

Los jóvenes son conscientes de que estamos en un momento de efervescencia del feminismo con sus demandas y reivindicaciones, sobre todo porque cotidianamente viven situaciones en las que se manifiesta esa tensión entre las normas culturales dominantes y los cuestionamientos feministas. El acoso callejero, el acoso laboral, la cosificación sexual de la mujer, el universal masculino en el lenguaje, la portación masculina de la palabra, el ninguneo de la opinión de la mujer y por supuesto la violencia de género forman una larga lista de situaciones cotidianas que los jóvenes presencian y que los interpelan. Claro, las posturas adoptadas respecto a este tema distan mucho de ser unánimes. Los jóvenes ven que hay pares (en especial, mujeres) que se sienten identificados con las causas feministas y que comienzan a participar en espacios o movilizaciones feministas, pero también saben que muchos creen que el feminismo es la



defensa de una relación jerárquica como el machismo (pero invertida), que son mujeres pesadas a las que todo les viene mal o directamente feminazis violentas que odian a los hombres y no representan a las mujeres porque rechazan las actitudes y estéticas clásicas de la feminidad.

En especial, los jóvenes son conscientes de los roles de género culturalmente impuestos y los cuestionan. ¿Por qué las mujeres tienen que cocinar y servir la mesa y los hombres no? ¿Por qué el rosado es para mujeres y el celeste para varones? ¿De dónde salió eso? ¿Por qué si una mujer tiene relaciones sexuales con varios hombres es vista como una puta, mientras que el hombre que tiene relaciones con varias mujeres es considerado un ganador? ¿Por qué los puestos importantes, que confieren poder y prestigio, están ocupados en su inmensa mayoría por hombres? ¿Por qué las tareas domésticas y de cuidados, tan poco reconocidas y valoradas, son cumplidas en su inmensa mayoría por mujeres?

Los jóvenes ven que estos roles y estereotipos de género están naturalizados. No son naturales, no necesariamente se explican por diferencias biológicas o genéticas entre hombres y mujeres, sino que son normas sociales y culturales impuestas, pero que se naturalizan y se viven como efectivamente naturales. Estas diferencias naturalizadas (con sus respectivos roles y estereotipos para cada género) funcionan como justificación de las desigualdades entre hombres y mujeres: «si somos diferentes, es lógico que tengamos roles diferentes». Sin embargo, no se ve que los roles no son equivalentes. Unos concentran poder y privilegios; otros presuponen debilidad y subordinación. Desde esta perspectiva, las relaciones de género son vistas como relaciones de complementariedad, no de desigualdad estructural o de histórica dominación de un género por otro.

Se sabe que la familia y el centro educativo son los dos espacios de socialización más influyentes en la vida de un joven. Según los jóvenes, en ambos espacios se dan con frecuencia situaciones que reproducen los roles tradicionales de género

y el machismo. En la dinámica familiar, la asunción naturalizada de que las mujeres deben colaborar con las tareas domésticas mucho más que su padre y sus hermanos. En el liceo, la separación entre deportes para hombres y deportes para mujeres, con la correspondiente condena social que reciben aquellos que practican el deporte asignado al otro género («puto» o «trolo» en el caso de hombres que hacen deportes «de mujeres»; «mari-macha» en el caso de mujeres que hacen deportes «de hombres»). Los juguetes que se les regalan a los niños desde su más temprana infancia (muñeca o cocinita para las niñas; pelota o muñeco superhéroe para los varones) también son vistos por los jóvenes como actos simbólicos que evidencian que los géneros están social y culturalmente contruidos. Los regalos son mecanismos muy poderosos (y naturalizados) de diferenciación de los géneros y sus respectivos roles. La sociedad y la cultura enseñan cómo ser varón y cómo ser mujer, qué cosas deben gustarles a uno y a otra. El regalo a un niño no solo es la puesta en contacto con un objeto asociado a su género, representante de un universo simbólico del que debe sentirse parte; es también una manera de dirigir su deseo y de condicionar su conducta, de inducirlo a tener los comportamientos propios de su género y alejarlo de los del otro.

Por los discursos de los jóvenes, es evidente que estos han incorporado muchos de los cuestionamientos feministas a las desigualdades de género y a las construcciones socioculturales de cada género que reproducen estas desigualdades. Aunque el feminismo quizá no se haga presente explícitamente en sus discursos, sí se nota su influencia en las inquietudes, las discusiones y las posturas de muchos jóvenes. En este sentido, parece claro que la revisión constante de los micromachismos cotidianos es el punto de confluencia entre la lucha feminista y los jóvenes. Es la vía de entrada. A partir de reconocer actitudes y comportamientos machistas en sus entornos y en ellos mismos, comienzan a cuestionarlos y a cuestionarse. Es el tema que más los interpela y los motiva a discutir y a tomar posturas políticas, generalmente críticas del machismo. Es evidente que la ola feminista



ha generado cambios en sus formas de pensar y actuar, lo que los distancia de un mundo adulto más machista y conservador.

Justamente esta distancia entre generaciones abierta por el discurso feminista les permite a los jóvenes identificar otro problema social que los afecta directamente. Sienten que muchas veces esas diferencias generacionales se traducen en segregación a los jóvenes por el mundo adulto. Los jóvenes tienen otra cabeza, mucho más abierta a la diversidad sexual y la sensibilidad feminista, lo que los hace chocar con los adultos, que son de otra época y tienen una cabeza más cerrada. Muchos mayores se niegan a aceptar estos cambios. Les cuesta aceptar la homosexualidad —ni que hablar de la transexualidad—, el feminismo les parece exagerado, no están para nada de acuerdo con que la marihuana sea legal.

El recrudescimiento de estas mentalidades conservadoras es un fenómeno relativamente nuevo en Uruguay, que debe ser interpretado como una reacción frente a los avances de la diversidad sexual y el feminismo en el campo de la sensibilidad. Hay una reacción conservadora que va desde la proliferación de grupos, cuentas y comentarios profascistas en las redes sociales, organizaciones pequeñas pero con constante presencia en medios y redes (Varones Unidos, A mis Hijos no los Tocan, Grupo de Estudiantes Contra la Opresión Ideológica), hasta sectores evangélicos crecientes en la sociedad civil (en torno a la Iglesia Misión Vida) y en el sistema político, especialmente en el Partido Nacional. Se oponen a la «ideología de género», que es el término que utilizan para denominar los cambios y las conquistas impulsados por los movimientos feminista y de la diversidad sexual. Y en el mismo movimiento se oponen al gobierno progresista, por considerarlo promotor y ejecutor de la agenda de la ideología de género.

La ideología de género es vista como un virus que se esparce por la sociedad, que pervierte la moral y las buenas costumbres, que destruye a la familia y los valores tradicionales. En el paquete entran la despenalización del aborto, el matrimonio igua-

litario, la guía de educación sexual, las movilizaciones feministas (recordemos que en la última edición del 8M un grupo de personas fue con un cartel de «A mis hijos no los tocan» y libros de biología a intentar provocar incidentes), la Ley Integral de Violencia Basada en Género, la campaña contra el acoso callejero, la utilización del lenguaje inclusivo, y recientemente la Ley Integral para Personas Trans. Aprovechando una sensibilidad conservadora mayoritaria, que desde el principio miró con desconfianza estos cambios que trastocan estructuras culturales sagradas, estos grupos fueron construyendo una base social amplia y radicalizándola mediante agitadores mediáticos, entre los cuales se destaca el politólogo argentino Agustín Laje.

Lógicamente la reacción conservadora no es una cuestión exclusiva de los mayores. De hecho, muchos jóvenes son cooptados por esta tendencia y se oponen agresivamente a la alianza que trazan entre la ideología de género y el gobierno progresista. Esto dificulta la articulación de un relato dicotómico en el que los jóvenes son los portadores de una nueva sensibilidad y los adultos los defensores de las tradiciones. El eje de la disputa parece dejar de un lado a quienes cuestionan ciertas jerarquías sociales (de clase, de género, de identidad sexual) y del otro a quienes las defienden.

Como no podía ser de otra manera, los jóvenes también mencionan el problema de la inseguridad. Discuten sobre la base real del sentimiento de inseguridad, pero también sobre su exageración y cierta paranoia social extendida. De todas maneras, varios han sido víctimas de hurtos o rapiñas y admiten que es un problema real y preocupante. Sin embargo, constantemente destacan su complejidad y el error de caer en propuestas punitivas simplistas. Sus posturas sobre cuáles son las causas y las posibles soluciones para el problema de la inseguridad son uno de los puntos que más los distancian de los jóvenes «apolíticos» y que más claramente evidencian una sensibilidad política de izquierda.

Antes de referirse a las lamentables consecuencias de la violencia y el delito, analizan sus causas.



Hablan de la desigualdad social como un caldo de cultivo del delito, una injusticia estructural que hace que muchos pibes vivan en condiciones sociales horribles y salgan a robar. Al mismo tiempo que comentan la violencia ejercida por los delincuentes, denuncian la violencia policial cotidiana sobre las personas que viven en barrios marginales estigmatizados como «zonas rojas». Son muy críticos con la violencia institucional practicada por distintos actores de la seguridad, en especial por la policía y los operadores de los institutos penitenciarios. Hablan del trato violento y denigrante que da la policía a los jóvenes pobres (siempre sospechosos de ser chorros), de las condiciones inhumanas de reclusión en las que se tiene a los jóvenes infractores, de la violencia simbólica y física que se vive en las cárceles. Afirman que esas formas de violencia son invisibilizadas y jamás son tratadas como tales. Un joven dice que muchos pibes aguantan esta violencia social e institucional todos los días y que un día van a estallar.

Siguiendo con esta mirada crítica sobre la inseguridad —que contrasta con las posturas conservadoras y punitivistas mayoritarias—, los jóvenes analizan el rol que juegan los medios de comunicación. Critican el tratamiento sensacionalista que los medios dan a las noticias sobre violencia y delitos (no en vano llamadas «crónica roja»), motivados por intereses comerciales e ideológicos. Se sabe que las noticias sobre hechos violentos son emocionalmente impactantes, concitan mucha audiencia y por lo tanto «venden» más. Y se sabe, además, que los grandes medios en Uruguay son propiedad de grupos empresariales familiares que pertenecen a los círculos más ricos del país, por lo que sus líneas editoriales suelen defender los intereses de las clases dominantes y la conservación del *statu quo*. Es cierto que los medios no causan directamente la violencia y el delito (algo de lo que siempre se defienden cuando se señala el papel que juegan), pero sí contribuyen a amplificar el problema de la inseguridad reproduciendo fragmentaciones sociales (los delincuentes, los chorros, los vagos del Mides vs. la gente de bien, la gente honesta, la gente trabajadora) y generando emociones negativas (el miedo, la paranoia, el odio, la sensación de crisis).

Los medios son activos constructores del clima de violencia social del que luego se espantan y llaman a combatir.

¿Qué opinan los adolescentes y jóvenes con compromiso social sobre la política?

En gran parte de estos jóvenes, sus primeros recuerdos relacionados con la política datan de las elecciones de 2009, marcadas por la carismática figura del Pepe Mujica. Provenientes en su mayoría de familias frenteamplistas, el FA era lo único que conocían. Por su edad no entendían bien lo que pasaba, pero disfrutaban los actos de campaña y celebraron el triunfo. Es interesante cómo ahora, más conscientes del sistema político uruguayo, son críticos con la adhesión incondicional de sus padres al FA. Les hace ruido cierta contradicción entre críticas al gobierno que escuchan de sus padres (la seguridad, el costo de vida, la educación) y su voto reiterado al FA. Les cuesta comprender ese «fanatismo», esa identificación emocional. Sin embargo, llegan a un acuerdo basado en una explicación que muchos han escuchado de sus mayores: la gente en general vive mejor que antes de que estuviera el FA en el gobierno.

Al igual que los otros jóvenes consultados, estos tienen una opinión negativa de los partidos políticos, por lo que no tienen interés en la política partidaria ni ganas de involucrarse en ella. Incluso, como sí participan en otros espacios políticos, constantemente buscan diferenciar su forma de activismo político de la militancia partidaria tradicional. Para ello, dicen que es fundamental «sacar el mito de que la política es algo exclusivo de los partidos y los políticos» y apuntar a una definición más amplia que conciba la política como la discusión y acción colectiva para la superación de los conflictos, la preocupación por construir lo común y la asunción de que es una capacidad humana que todos tenemos y debemos ejercer. Hay un llamado a politizar las situaciones cotidianas, las relaciones de género, las causas de la violencia en los centros educativos, el estado de la educación, las formas



de interacción en las redes sociales, las relaciones afectivas; en oposición a la creencia habitual de que la política solo ocurre en los partidos y en las altas esferas institucionales. Subyace la idea de que la política no es una actividad exclusiva de ciertos espacios y personas, sino que es una perspectiva con la que mirar cualquier espacio, y que hacerlo está al alcance de todos.

A esta altura ya es una tendencia casi unánime: también estos jóvenes descreen de la dicotomía entre izquierda y derecha. Seguramente tenga que ver con la caída de los grandes relatos proveedores de sentido, la hibridación cultural de la globalización, la pérdida de las grandes certezas y proyectos colectivos del siglo XX, la naturalización del capitalismo y el fin de la historia, las formas de vida líquidas y vertiginosas del sujeto posmoderno, la creciente complejización del mundo; sea como sea, en general la gente cree que el eje izquierda-derecha es un maniqueísmo reduccionista de la complejidad del mundo o un resquicio obsoleto de viejas ideologías que ya no existen como tales. Ahora todo es mucho más complejo que la simple división entre esos dos bandos.

No obstante ese descreimiento, encuentran rápidamente las diferencias entre la izquierda y la derecha. Aunque sus descripciones de cada una sean excesivamente generales y simplificadoras, aciertan en sus respectivas esencias: la izquierda busca combatir la desigualdad social generada por el capitalismo y transformar la sociedad; la derecha defiende los intereses del capital, de los poderosos, y quiere mantener el *statu quo*. De todas maneras, si bien admiten estas diferencias, constantemente plantean matices, contraejemplos, partidos que eran de izquierda y al llegar al gobierno se plegaron al capitalismo, personas que son consideradas de derecha pero tienen compromiso social y participan en espacios de voluntariado en barrios pobres.

Llevando el eje izquierda-derecha al sistema político nacional, construyen representaciones de los principales partidos y figuras políticas. En general rechazan a los partidos tradicionales «aunque

sea por concepto» (que bien puede interpretarse como un: porque son de derecha). Esto es síntoma de cierto estigma con el que carga la derecha en Uruguay, que hace que nunca pueda presentarse como tal. Nadie nunca dice que es de derecha, aunque sus opiniones y propuestas dejen muy claro que lo es. Desde la salida de la dictadura, el discurso político y cultural de la izquierda logró que la derecha fuera asociada con la dictadura y la crisis, incluso con cierta actitud egoísta en la vida cotidiana, como alguien a quien le interesan la plata y el propio bienestar y no se preocupa por los demás. Si bien este estigma comienza a disiparse a medida que avanza la reacción conservadora en la región, la derecha como postura ideológica explícita sigue teniendo mala reputación en el imaginario popular y el sistema político uruguayos. Y mucho más entre jóvenes que vienen de familias frenteamplistas. Al Partido Nacional lo asocian con los gobiernos neoliberales de los 90, con las clases altas, especialmente del medio rural. El Partido Colorado —aunque con matices— es asociado con la dictadura y con la crisis de 2002, en una percepción que puede ayudar a comprender la profunda crisis en la que se encuentra el partido que prácticamente construyó la historia política del país durante el siglo XX.

Por el contrario, sienten simpatía por el FA. Reconocen que se debe a las opiniones favorables que crecieron escuchando en sus familias, pero también entienden que es el único partido que se ocupa de los asuntos importantes y que, con aciertos y errores, en rasgos generales ha hecho buenos gobiernos. Destacan el crecimiento de los indicadores sociales, la aprobación de la agenda de derechos, la mejora en la calidad de vida de mucha gente y la estabilidad del país en comparación con la polarización y la violencia política en Argentina y Brasil.

La conformidad general con el FA no está exenta de críticas. Unas pocas, provenientes de jóvenes menos politizados, apuntan a problemas de gestión, ciertas desprolijidades en el manejo de los fondos públicos y las dificultades para solucionar el problema de la inseguridad. Por su parte, los



jóvenes más politizados critican al FA por izquierda. Aunque lógicamente reconocen los avances y las conquistas, cuestionan su perfil moderado y su corrimiento al centro. Sin decirlo, sobrevuela la idea de que el proyecto progresista del FA es una forma de adaptación de la izquierda al régimen neoliberal, sin proponerse un cambio social profundo. Su discurso se asemeja al de muchos (ex)frenteampelistas desencantados con el rumbo centrista y moderado que fueron asumiendo los sucesivos gobiernos progresistas. Además, coinciden en que los gobiernos del FA no han apoyado luchas sociales que cualquier gobierno de izquierda debería defender, abonando la idea de que existe un creciente distanciamiento entre la izquierda institucionalizada y la izquierda social. Quienes pertenecen al movimiento estudiantil recuerdan la desocupación del Codicen por la Guardia Republicana. Quienes participan en el movimiento feminista encuentran que el apoyo del FA es escaso y más «para afuera» que real.

¿Cómo interpretan la situación los adolescentes y jóvenes que militan en el Frente Amplio?

Los adolescentes y jóvenes militantes del FA en su gran mayoría provienen de familias también involucradas con el FA. A su vez, la mayor parte de sus amigos también se interesan y participan en espacios políticos, a tal punto que reconocen que sus círculos sociales se estrechan y solo ven con frecuencia a pares de la militancia. Se pasan hablando de política. La militancia es una actividad que lleva mucho tiempo y dedicación, que se vive intensamente, en la que se generan vínculos fuertes, y otras amistades que no forman parte de ese mundo van quedando de lado.

De todos modos, tienen amigos que no militan, lo que los hace tomar conciencia de que viven en una burbuja hiperpolitizada y que sus pares más «normales» llevan una vida totalmente distinta, alejada de la discusión y la acción política. Cuando interactúan con gente que está por fuera del mundo de la militancia sienten la distancia que los sepa-

ra y lo difícil que es llegarles a aquellos a quienes no les importa la política y prefieren no hablar de esos temas. Se les hace difícil sostener una conversación, porque ellos suelen llevar los temas hacia sus dimensiones políticas, que el común de la gente intenta evitar. Ponen como ejemplo las discusiones sobre el feminismo: cuando sacan el tema del machismo y la violencia de género, mucha gente se incomoda y busca un tema de conversación más superficial.

En esas situaciones se hace evidente que la política incomoda porque explicita conflictos, porque se mete en rincones profundos de nuestras relaciones, de las formas en que vivimos y pensamos, de nuestras opiniones sobre cómo está organizado el mundo y nuestros deseos acerca de cómo debería ser. Por todo esto la política divide, rompe la armonía superficial de la vida cotidiana. Los comentarios sobre política en medio de una reunión suelen abrir brechas de silencio que la gente llena rápidamente con comentarios triviales, inofensivos, para mantener el clima de armonía general. El humor, especialmente, es una vía de escape muy utilizada para huir de los temas políticos, o más bien para banalizarlos y quitarles trascendencia. Busca (o inventa) sus costados graciosos, aliviana su peso simbólico y permite tomárselos en joda: «hacen chistes y desvirtúan la conversación enseguida». Por estas razones, quienes plantean discusiones políticas en las reuniones casuales son vistos como pesados que la embolan, que siempre llevan todo para ese lado y se enfrascan en discusiones interminables: «bo, déjense de romper las pelotas, dejen de hablar de política».

Su principal preocupación es cómo lograr que se expanda una subjetividad militante, un pensamiento crítico sobre la realidad que lleve a actuar sobre ella con el fin de transformarla. Son bastante pesimistas al respecto, dado que si ya es difícil despertar esta sensibilidad en pares más cercanos, adolescentes y jóvenes de clase media alta, mucho más difícil será hacerlo en personas que tienen menos oportunidades y menos tiempo para pensar en estos temas. La fragmentación social entre los círculos militantes de clase media alta y las gran-



des mayorías los preocupa especialmente, porque acuerdan en que un proyecto de izquierda debe llegar y movilizar a las clases populares, convencerlas de que su realidad es transformable y hay que pelear por eso.

El hecho de que los adolescentes y jóvenes promedio no tengan interés por la política los frustra, aunque no todos tramitan ese sentimiento de la misma manera. Algunos, más críticos, señalan —con algo de desprecio— que a sus pares apolíticos los preocupan frivolidades: la ropa, la apariencia, el fútbol, las salidas de noche, los contenidos banales que circulan en las redes. Otros, más comprensivos, buscan entender esa subjetividad mayoritaria y despolitizada, y en ese marco hacen una anotación interesante: en los lugares que frecuentan los adolescentes y jóvenes típicos (los boliches, los espacios de ocio, las canchas de fútbol) se reproducen los peores aspectos de la sociedad. La violencia en el deporte, la homofobia en el ambiente del fútbol, el derecho de admisión clasista y el acoso machista en los bailes; son espacios donde ciertas ideas y desigualdades están naturalizadas, pero también pueden ser una oportunidad para introducir otras miradas y discursos, para tratarlos políticamente e intentar cambiarlos. Los espacios que habitan los jóvenes están despolitizados. Una estrategia que promueva su politización puede ser una buena manera de que los jóvenes se interesen y participen en política, ya que implicaría invitarlos a pensar sobre espacios y situaciones que los afectan directamente. Dicen que esa es una lucha que habría que dar. Por ahora «está perdidísima».

Su análisis sobre cuáles son los factores que causan el desinterés de los jóvenes por la política es profundo y articula varias dimensiones. Se nota que es un tema que tienen muy pensado y sobre el que intercambian a menudo. Los frustra, pero también los interpela y los desafía. Necesitan comprender lo más precisamente posible las causas de la distancia y los mecanismos que la reproducen, para definir a qué estrategias de involucramiento recurrir. Por un lado encuentran causas externas, sociales, que refieren a la naturalización del ca-

pitalismo como el único sistema posible, la derrota de los proyectos de izquierda en el siglo XX y el fin de sus utopías, la renuncia a la construcción colectiva en un contexto de individualismo y hedonismo posmoderno en el que cada uno está para la suya y nada más. En esa línea, traen inmediatamente los comentarios negativos que reciben por el hecho de militar: es una pérdida de tiempo, no sirve para nada, te atrasa en la carrera. Claro, en un mundo en el que cualquier esfuerzo que no reporte un beneficio personal más o menos inmediato es visto como una pérdida de tiempo, pasarse horas en una asamblea hablando sobre la ley trans o qué hacer frente al avance de la derecha es un absurdo.

Ven que la sociedad en términos generales está desencantada con la política. Muchas personas simplemente la ignoran; otras la tienen presente pero solo para darse el cínico gusto de rechazarla con énfasis. También apuntan que la falsa asociación de «lo político» con la política partidaria daña mucho el posible interés por lo primero, ya que la segunda tiene una muy mala imagen entre la gente, que la asocia a ambientes rancios, corruptos y hostiles.

Esta situación epocal no es solo una consecuencia de la era posmoderna, sino que también evidencia el triunfo del discurso neoliberal de la antipolítica, del rechazo a lo público y a la disputa ideológica, que baila al ritmo de la gestión, el culto a lo privado y al beneficio personal, y repite como un mantra que la izquierda y la derecha ya no existen. Es también el discurso que ha logrado que la política se yuxtaponga a la corrupción, de lo que se desprende la percepción resignada de que los políticos son todos iguales. Es una gran máquina de despolitización, de «construcción de apatía». Pero también incluyen en el análisis a las generaciones anteriores de la izquierda, aunque por otros motivos. Estas generaciones fueron derrotadas, se resignaron y no transmitieron a sus hijos y nietos la pasión por la militancia que tuvieron en su juventud. «Somos los hijos y los nietos de los que perdieron.»

Agregan que la derecha ha sabido captar mejor la sensibilidad del sujeto posmoderno, lo que le



permite lanzar campañas de comunicación eficaces que consisten en mensajes sencillos dirigidos al núcleo emocional de las personas, en lugar de la argumentación racional larga y compleja. Además se presenta con una imagen canchera, alegre y muchas veces joven, que encarna la renovación y el cambio, dejando a la izquierda como un proyecto gris, triste y viejo, de otro tiempo. Para ejemplificar este modelo de derecha *cool*, basta mencionar a Lacalle Pou y a Macri. Pero también observan que en otros países la derecha ha logrado llegarle a la gente y ganar elecciones mostrándose como una alternativa a cierto *statu quo*, con un tono provocador o incluso agresivo, y haciendo un uso intensivo del simulacro mediático, el escándalo y las *fake news*. Trump y Bolsonaro son los dos grandes ejemplares de esta derecha transgresora y políticamente incorrecta. Frente a todo esto, dicen, la izquierda ha quedado desactualizada, no ha sabido adaptarse a las nuevas subjetividades ni a las nuevas formas de la disputa política.

Una impresión prácticamente unánime entre los jóvenes consultados es que los mayores también son responsables del desinterés y el alejamiento de los jóvenes de la política. No los toman en serio. Ni en el hogar, ni en las conversaciones familiares, ni en el liceo y la clase las opiniones de los jóvenes son tomadas en cuenta. Ni siquiera ellos, que se pasan pensando y hablando de política, que saben mucho más que la media de los jóvenes de su edad y dedican muchas horas de sus vidas a militar en un espacio político, son considerados interlocutores en pie de igualdad. Los más grandes saben más solo por ser más grandes. Esta subestimación que reciben del mundo adulto es un aspecto que realmente los enerva. Dicen que los censuran, les retrucan con aire superado, los desafían, los tratan de idealistas trasnochados y se les ríen en la cara.

Hasta ahora tenemos razones sociales amplias, producto de grandes cambios en el mundo y en los modos de vida, razones vinculadas a la mayor capacidad de la derecha para adaptarse a estos cambios —especialmente en sus aspectos comunicacionales—, y razones de relacionamiento intergeneracional. Sin dejar de reconocer la influen-

cia de estas causas, el punto central para ellos es otro: no se concibe la política como algo cotidiano, como una capacidad y actividad humana imprescindible para construir lo común y vivir en sociedad. Y esto es una crítica a la izquierda, en particular a los gobiernos del FA. Porque es cierto que los jóvenes ya no se interesan por la política, pero la izquierda tampoco ha impulsado la politización de los jóvenes. No los ha incentivado a que piensen políticamente sus espacios y actividades cotidianas (los boliches, el deporte, el consumo, las redes sociales, la educación, la violencia), algo que podría despertar su interés («iniciarlos») para que progresivamente se expandiera hacia otros temas. Los jóvenes repiten una y otra vez, entre incrédulos y resignados, cómo es que la izquierda no ha sabido aprovechar la oportunidad de impulsarlos a politizar lo cotidiano como forma de involucrarlos en política. Un comentario resume esta sensación general: «No podemos culpar a la gente de no entender qué es la política ni de no interesarse en la política cuando no se le da una introducción. Nosotros, la mayoría, ya estamos insertos, estamos militando, tenemos un trasfondo familiar y experiencias acumuladas, pero a un adolescente cualquiera, que no entiende qué es la política, que nadie se lo explicó, que nunca lo escuchó en el liceo, que nunca le comentaron para qué sirve ni que no se reduce a los partidos políticos, es muy difícil ir y tratar de meterlo en esto».

Su postura frente a esta situación es admirable, y a su vez es un llamado de atención para la izquierda. Saben lo importante que es la tarea de politizar a los jóvenes, de invitarlos a reflexionar y a discutir sobre sus condiciones de vida, y al mismo tiempo observan que la izquierda no lo está haciendo. Debido a esto, ellos se sienten los responsables de cumplir ese rol. Es decir, los jóvenes ven que la izquierda institucional no está expandiendo una sensibilidad de izquierda ni un pensamiento crítico con lo existente, y que son ellos quienes intentan mantener esa llama encendida. Pero sin ayuda se les hace muy cuesta arriba.

Por último, acerca de cuáles son las formas de llegarles a los adolescentes y jóvenes y despertar su



interés por lo político, destacan dos caminos. Por un lado, intentar acercarse a las injusticias y las desigualdades que ellos, como jóvenes, sienten centrales porque los afectan cotidianamente. Por otro, promover el diálogo, abrir espacios para conversar, preguntar ideas y opiniones, intercambiar con adolescentes y jóvenes sobre sus preocupaciones y sus deseos. Sin adoctrinar ni atomizar, desde la escucha respetuosa de los procesos de las personas, perfectamente pueden lograrse el interés y el involucramiento. Para demostrarlo traen numerosos ejemplos de que cuando se incentiva la participación cuidadosamente, desde la conversación y la escucha, esos jóvenes supuestamente tan insulsos, apáticos y prescindentes se animan a pensar políticamente y a problematizar lo que los rodea desde una perspectiva de izquierda. Ellos lo dicen con una claridad y una sensibilidad que da esperanzas en medio de un contexto más bien desalentador: «La barrera más difícil de cruzar para un adolescente está mucho antes de la decisión o el momento de ponerse a militar. Es cuando se da cuenta de que todo lo que hace es política. Una vez que cruza esa barrera, el mundo lo empuja. Una vez que te hacés consciente de una injusticia, la vida misma te hace darte cuenta de más, porque una vez que entendés que algo es injusto estructuralmente, sistémicamente, empezás a notar todas las demás injusticias».

Reflexiones finales

Este trabajo pretendió articular e interpretar los discursos de adolescentes y jóvenes uruguayos acerca de su interés y participación política. Partió de una investigación basada en grupos de discusión en que los jóvenes expusieron e intercambiaron sus posturas y argumentos sobre el tema. La justificación de este abordaje es fruto de un diagnóstico teórico y metodológico, pero también de una apuesta intencional: ¿quién mejor para entender a los jóvenes que ellos mismos reflexionando sobre sus experiencias y utilizando sus palabras? ¿Quién mejor para señalar el camino que aquellos que lo vienen transitando? Por este motivo, los grupos de discusión se organizaron separando a los jóvenes en tres grandes categorías: jóvenes

«típicos», «normales», totalmente ajenos a la política; jóvenes con compromiso social, activistas en organizaciones sociales o gremios estudiantiles, y por último, jóvenes que militan en distintos sectores del FA. A partir del análisis de sus discursos se delinean algunas conclusiones interesantes, como una forma de desplegar el mapa de un tema complejo y sobre todo mucho más comentado que conocido.

Es cierto que a la mayoría de los jóvenes la política no les interesa y no participan en ella. Es un hecho repetidamente señalado por las investigaciones académicas y las encuestas de opinión sobre el tema y fácilmente constatable en la experiencia cotidiana y las conversaciones entre (o con) ellos. Este panorama es especialmente preocupante para la izquierda. Constituye un desafío que debería alertarla y activarla, porque lo joven siempre ha sido su sustrato, su diferencial con respecto a las otras cosmovisiones políticas. La izquierda necesita a la movilización juvenil no solo por su energía, creatividad y frescura, sino porque la propia sensibilidad de lo joven es un fundamento constitutivo de la izquierda. La voluntad y el deseo de cambiar lo existente, de imaginar y luchar por otros mundos posibles, de animarse a cuestionar lo dado, de rebelarse ante las injusticias e impulsar la transformación social. Para la izquierda, perder el vínculo con los jóvenes significa la imposibilidad de articular ese relato, que es de las cosas más lindas y dignas que tiene.

Las causas de la apatía mayoritaria de los jóvenes hacia la política, que en muchos casos adopta una postura de enérgico rechazo, son varias y complejas. Tal vez la más importante sea la hegemonía de la ideología neoliberal en el sentido común y la vida cotidiana en Uruguay, que se expresa en el triunfo del culto al individualismo y a lo privado, el discurso de la gestión y la empresa, el significado del éxito asociado al bienestar individual y las posibilidades de consumo por sobre la defensa de lo público, la política como herramienta de transformación de la realidad, la necesidad de la disputa ideológica y la producción y el cuidado de una vida en común. De la mano de este escenario de



creciente despolitización, aumenta el número de personas (sobre todo jóvenes) que no se consideran «ni de izquierda ni de derecha». Este discurso es claramente funcional al neoliberalismo y al conservadurismo, pues, apoyado en el paradigma de la meritocracia, concibe la vida y las relaciones sociales como el resultado de decisiones y responsabilidades individuales, en vez de atravesadas por estructuras de poder, jerarquías y antagonismos sociales. Los jóvenes uruguayos están creciendo en este contexto, hay mucho de esta subjetividad en ellos, y es ingenuo e injusto exigirles que sean algo distinto del mundo que los forma.

Por otra parte, hay un factor etario insoslayable. Muchos adolescentes sienten que aún son demasiado chicos para interesarse en política, y ni que hablar para involucrarse. Creen que los temas políticos todavía no los afectan directamente, que son temas de adultos por los que deberán preocuparse cuando crezcan, pero por ahora no. Además, arguyen que aun si se interesaran, su escasa incidencia en la esfera social y política no les permitiría lograr nada en concreto.

Otro conjunto de explicaciones se relacionan con la mala imagen que tienen los jóvenes de la política partidaria y de los políticos. Los partidos son vistos como espacios hostiles, muy burocratizados y jerarquizados, donde los procesos son lentos y turbios. Lejos de atraer, generan rechazo. Por su parte, los políticos son considerados como chantas que están todo el tiempo en campaña buscando que los voten, prometiendo cosas que después no cumplen y más interesados en el poder que en la vida de la gente. Y últimamente, además, bajo continua sospecha de corrupción. Los jóvenes suelen asociar la política únicamente a la política institucional o partidaria, y debido a la mala imagen que tienen de esta, prefieren no participar en nada que tenga que ver con «la política».

Los jóvenes con cierto compromiso social se muestran conectados con las ideas clásicas de la izquierda, aunque la lucha que más los moviliza en la actualidad es —por lejos— el feminismo. Reconocen que estamos en un momento de efervescencia de

las reivindicaciones y los señalamientos feministas, y en su gran mayoría lo celebran. Los lleva a reflexionar sobre sus prácticas y a revisar sus espacios cotidianos para detectar micromachismos y reproducciones de la desigualdad de género. A su vez observan cómo las construcciones socioculturales de cada género y sus respectivos roles están absolutamente naturalizados en sus dos grandes espacios de socialización: la familia y el sistema educativo. El feminismo no solo los obliga a pensar sobre las relaciones de género, a discutir y a tomar postura, generalmente críticas del machismo. También está cambiando sus formas de pensar y de actuar, lo que los distancia de un mundo adulto más machista y conservador.

Los militantes frenteamplistas son totalmente conscientes del desencanto generalizado con la política, por lo que su principal preocupación pasa por expandir una subjetividad militante. Cómo hacer que la gente —especialmente los jóvenes— se interese y participe en política. Para lograrlo necesitan comprender la situación actual, y la claridad de su diagnóstico es sorprendente. Identifican cuatro tipos de factores que explican el desinterés por la política, pero sobre todo la crisis de la sensibilidad de izquierda y de su militancia.

En primer lugar, factores sociohistóricos que tienen que ver con la derrota de los proyectos de izquierda y la naturalización del capitalismo como único sistema posible. En segundo, la mayor capacidad de las derechas para comprender la composición del sujeto posmoderno e implementar técnicas de comunicación que apuntan a la manipulación emocional y a la argumentación lineal y concreta, muy efectivas para la formación del sentido común. En tercero, las dificultades de relacionamiento intergeneracional, un aspecto que frustra mucho a los jóvenes en su conjunto, dada la constante subestimación que sienten de los adultos cuando exponen sus opiniones o sus convicciones políticas. Cuarto y último, la despolitización de las situaciones y los espacios cotidianos. En este punto son muy críticos con la izquierda por no haber impulsado a los jóvenes a politizar los lugares y las relaciones en las que participan.



Consideran que esa tarea es fundamental como puerta de entrada estratégica. Empezar a pensar políticamente las cosas que tienen cerca y que más les interesan, para luego expandir esa perspectiva hacia otras dimensiones de la vida.

Como se acaba de mencionar, el mundo adulto tiene mucho que ver con el desinterés de los jóvenes por la política. De distintas maneras, en los intercambios intergeneracionales sobre el tema los adultos adoptan actitudes que mantienen la distancia y reproducen el problema.

En primer lugar, la insistencia en que a los jóvenes de hoy no los mueve nada, a diferencia de lo que ocurría con las generaciones anteriores. Esta práctica histórica del mundo adulto, además de ser autocomplaciente, es falsa, como lo demuestran las movilizaciones juveniles en toda América Latina que en los últimos años han peleado por la obtención de nuevos derechos —con singular éxito en Uruguay— y en contra de la reacción conservadora que viene avanzando en varios países de la región. Pero además es totalmente contraproducente para lo que dice querer lograr: ¿cómo pretender que los jóvenes se interesen en política sin parar de repetir que a los jóvenes la política no les interesa?

En segundo lugar, la subestimación, el botijeo. Los adultos se quejan de que los jóvenes no participan en política, pero cuando meten un bocado en una conversación familiar, en general se los trata como inferiores y se les recuerda que ellos todavía no saben lo suficiente para opinar. Otra vez: ¿cómo pretender que un joven se involucre en política, adquiera confianza para hacerlo, crea que su voz es importante y tiene cosas para decir, si al hacerlo recibe un trato soberbio o si no se tiene la paciencia necesaria para explicarle y escucharlo?

Y por último, el descreimiento de los jóvenes en la política es un sentimiento heredado de sus padres. Son sus padres los que están alejados de la política, los que no confían mucho en ella, los que no promueven discusiones políticas en la casa, aunque luego los acusados sean los jóvenes cuando adoptan esa misma postura.

En jóvenes pertenecientes a familias de izquierda ocurre algo similar, pero distinto. La resignación de las viejas generaciones de militantes, derrotadas e insiliadas, se transmite a las nuevas generaciones. Además, la presencia del FA en el gobierno y el éxito de su modelo progresista no despiertan grandes impulsos de movilización. ¿Cómo pretender que los jóvenes de izquierda se enamoren de la política y la posibilidad del cambio si la propia izquierda no puede salir del brete entre la resignación y el conformismo?

Mientras tanto los jóvenes hablan, y hablando se entienden. Se reconocen como parte de una generación que viene de la mano de cambios tecnológicos y sociales impresionantes y seguramente irreversibles. Saben que tal vez ese sea uno de los factores que más dificultan el diálogo con el mundo adulto. Se trata de un cruce entre generaciones que en muchos aspectos son radicalmente diferentes. Asimismo, reconocen la influencia en sus pensamientos y actitudes de las nuevas sensibilidades introducidas por movimientos como el feminismo y la diversidad sexual. Notan cambios en sus prácticas cotidianas. Y de alguna manera, se sienten responsables de transmitir estos cambios al mundo más conservador de los adultos.

Los adolescentes y jóvenes uruguayos tienen mucho para dar. No cabe duda de que serán centrales en la construcción del Uruguay del futuro. De maneras que ya hemos empezado a conocer y otras que aún no sospechamos, serán quienes profundicen la lucha social contra las injusticias sociales. El éxito del movimiento de la diversidad sexual en su lucha por el reconocimiento y contra la discriminación, la homofobia, la transfobia y otras formas de discriminación basadas en la orientación sexual o la identidad de género. La oleada feminista con la visibilización de la violencia basada en género y el señalamiento de los mecanismos de dominación masculina. El No a la Baja con su lucha contra la criminalización de la juventud y la pobreza. Recientemente la aprobación de la Ley Integral para Personas Trans, que reconoce derechos a la población más vulnerable y castigada del país. Todas estas, causas y movimientos que contaron o cuentan



con una participación juvenil importante, comprometida, creativa, que entiende las nuevas estéticas y formas de hacer política, pero que no olvida que el objetivo de una política de izquierda es transfor-

mar la realidad en busca de un mundo más justo, más humano y más digno. Hay muchos jóvenes que están en esa lucha. La izquierda no puede darse el lujo de prescindir de ellos.

Referencias bibliográficas

ADORNO, Theodor (1988 [original de 1944]). «La industria cultural. Iluminismo como mistificación de masas» en Adorno, Theodor; Horkheimer, Max (autores). *Dialéctica de la Ilustración*. Buenos Aires: Sudamericana.

AA.VV (2017). *Entre: ensayos sobre lo que empieza y lo que termina*. Montevideo: Estuario Editora.

BAUDRILLARD, Jean (2010 [original de 2000]). *La ilusión vital*. Madrid: Siglo XXI.

FISHER, Mark (2018 [original de 2013]). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Buenos Aires: Caja Negra.

FISHER, Mark (2018 [original de 2016]). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.

FLORES, Manuel y SELIOS, Lucía (2011). Perfiles generacionales en las preferencias políticas de los uruguayos. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, vol. 20, n.º 1. Montevideo.

GRUPO RADAR (2017). *El perfil del internauta uruguayo*. Investigación sobre los usos de internet en Uruguay.

MENÉNDEZ-CARRIÓN, Amparo (2015). *Memorias de ciudadanía. Los avatares de una polis golpeada. La experiencia uruguaya*. Tomo II. Montevideo: Fin de Siglo.

MIERES, Pablo y ZUASNÁBAR, Ignacio (2012). *La participación política de los jóvenes uruguayos*. Universidad Católica del Uruguay-Fundación Konrad Adenauer.

PATERNAIN, Rafael (2013). *Ya no podemos vivir así. Ensayo sobre la inseguridad en el Uruguay*. Montevideo: Trilce.



Autor

Ignacio De Boni. Sociólogo. Docente de Ciencias Humanas y Sociología en el Instituto Superior de Educación Física, Universidad de la República. Investiga y escribe sobre temas vinculados a la teoría social y política, la cultura popular y los medios de comunicación.

Pie de imprenta

Friedrich-Ebert-Stiftung | Uruguay
Plaza Cagancha 1145 piso 8 | 11100 Montevideo |
Uruguay

Responsable:
Sebastian Sperling, Representante de la
Fundación Friedrich Ebert (FES) en Uruguay
Tel.: ++598-2902-29-38 | Fax: ++598-2902-29-41
<http://www.fesur.org.uy> | fesur@fesur.org.uy

Edición y corrección de estilo | María Lila Ltaif |
Diagramación | glyphos |
Depósito legal | 374.752/18 |
Impresión | Impresos DIB |

Fundación Friedrich Ebert (FES)

La Fundación Friedrich Ebert (FES) fue creada en 1925, y es la fundación política más antigua de Alemania. Es una institución privada y de utilidad pública, comprometida con el ideario de la democracia social. La fundación debe su nombre a Friedrich Ebert, primer presidente alemán democráticamente elegido, y da continuidad a su legado de hacer efectivas la libertad, la solidaridad y la justicia social. Cumple esa tarea en Alemania y en el exterior en sus programas de formación política y de cooperación internacional, así como en el apoyo a becarios y el fomento de la investigación.

Para solicitar publicaciones:

El uso comercial de todos los materiales editados y publicados por la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) está prohibido sin previa autorización escrita de la FES.

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente las de la Friedrich-Ebert-Stiftung (o las de la organización para la que trabajan los autores y las de las entidades que auspiciaron la investigación).

Esta publicación ha sido impresa en papel fabricado de acuerdo con los criterios de una gestión forestal sostenible.

ISBN: 978-9974-8608-9-6